

LA ARMADA EN LA BATALLA DE CHICLANA

Miguel Ángel GARAT OJEDA



UCHO se ha escrito sobre la batalla de Chiclana, en la que el 5 de marzo de 1811 se enfrentaron tropas francesas del mariscal Victor a las españolas del teniente general Lapeña y las anglo-portuguesas del teniente general Graham en las tierras donde actualmente se ha construido una de las mejores zonas de ocio y veraneo de Andalucía. Pero poco se ha dicho sobre la actuación de la Armada en los días anteriores para transportar aquel numeroso grupo de hombres, armas, municiones, caballos y víveres desde Cádiz a Tarifa, e incluso de lo que sucedió en el caño de Sancti Petri, donde la Armada y el Ejército de Tierra se unieron para proteger la retirada de las fuerzas aliadas después de los sangrientos combates que, de forma algo parcial, llamaron los británicos la batalla de la Barrosa.

Antecedentes

A finales de 1810 el mariscal francés Soult, comandante del ejército del sur, tratando de ayudar al mariscal Masséna que bloqueaba las fuerzas anglo-portuguesas de Wellesley (futuro lord Wellington) en Torres Vedras (Portugal), organizó una expedición con parte del personal que estaba al mando del mariscal Victor, sitiando Cádiz y la Real Isla de León (en su conjunto, la isla), para provocar que Wellesley desviara tropas a Extremadura. Al enterarse el Consejo de Regencia que las fuerzas de Victor se habían reducido, preparó una expedición aliada con los británicos, al mando del teniente general Lapeña, para tratar de romper el sitio de Cádiz. El plan trazado consistía en un desembarco en Tarifa para avanzar por la espalda de los franceses y enfrentarse a lo que quedaba, en esos días, del ejército que bloqueaba la isla. Y aquí comienzan los preparativos de la llamada Batalla de Chiclana.

La plaza de Cádiz y la Real Isla de León

La plaza de Cádiz estaba —y sigue estando— totalmente rodeada por agua excepto en una estrecha lengua de tierra, conocida como el arrecife de Cádiz, sobre la cual había un camino que conducía a la Isla de León. En la costa noroeste de esta plaza se encontraba el castillo de San Sebastián; unas cinco millas hacia el sur, Torregorda, y seis millas más al sur de este último punto, la isla de Sancti Petri y la boca del río de su mismo nombre: «entre la isla y la costa hay una restinga de piedras, que termina en una laja nombrada la Pulpera, sobre la cual colocan un pino que renuevan de tiempo en tiempo. Para entrar por la barra se enfilará el pino... hasta que una de las torres de la iglesia mayor de la Isla de León descubra una ventana por otra y se vea la luz al través... siguiendo río adentro hasta el puente de Zuazo».

La Real Isla de León se unía a Cádiz por el arrecife citado. Por el otro lado, el camino atravesaba el río Sancti Petri por un puente de piedra llamado de Suazo, hasta «una media legua» de la Isla, en donde se formaba una colina cubierta de un pinar bastante espeso, por cuya falda seguía el camino: hacia la izquierda a Puerto Real y por la derecha a Chiclana. El espacio que había entre la orilla del río y el pinar estaba formado por un barro arcilloso cortado por caños de agua que llenaban las salinas, y como éstas eran impracticables, no había más terreno firme que el que artificialmente formaban el arrecife y algunas pequeñas isletas comunicadas por sendas en que sólo cabían uno o dos hombres. Todo ello proporcionaba a la Isla por esta parte una defensa natural, en la que el enemigo estaría precisado a atravesarlo salvando estos obstáculos.

Las fuerzas españolas (marzo 1811)

La Armada que tenía base en Cádiz estaba organizada *grosso modo* de la siguiente forma:

- La Escuadra del Océano, al mando del teniente general Juan de Villavicencio, cuya principal misión consistía en atender las expediciones a las Indias y las que tuvieran que navegar a poniente de Ayamonte y a levante de Gibraltar.
- Las fuerzas sutiles de reserva, al mando del capitán de navío Francisco Mourelle, responsable ante el comandante de la escuadra del ataque y transporte de las expediciones a diferentes puntos de la costa próxima. Contaba con unos 20 barcos cañoneros, obuseros, faluchos, místicos y botes de auxilio.
- Las fuerzas sutiles de bahía, al mando del brigadier Cayetano Valdés, con los apostaderos de Puerta de Sevilla, Aguada, Cantera, Huelva y

Ayamonte (poniente) y Tarifa (levante). El comandante del apostadero de Tarifa era el teniente de navío Lorenzo Parra. Contaban con unos 120 buques entre lanchas de fuerza, cañoneros, obuseros, bombillos, faluchos cañoneros y de auxilio, botes de mando y de auxilio y buques de pólvora.

- Las fuerzas sutiles de la Real Isla de León, que al mando del brigadier Tomás de Ayalde tenían por base los apostaderos de Sancti Petri —cuyo comandante era el capitán de navío José María Autrán—, Gallineras, Puente Suazo, La Carraca y población de San Carlos. Estaban compuestas por unos 75 barcos de la misma clase que las fuerzas sutiles de bahía.



Cayetano Valdés y Flores (1767-1835), capitán general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

El Cuarto Ejército de Tierra tenía instalado su cuartel general en la Isla, al mando del teniente general Manuel Lapeña. Estaba formado por las fuerzas de Infantería y Caballería (unos 17.000 infantes y 1.400 caballos) y las de Artillería (unos 1.700 hombres), no incluyendo las 1.^a y 3.^a Divisiones, que ocupaban el campo de Gibraltar y el condado de Niebla. Las fuerzas inglesas y portuguesas podrían ascender a 4.000 hombres de Infantería y unos 200 caballos, al mando del teniente general Graham.

La isla estaba dividida en cuatro partes para su defensa: la Isla de León, la playa y el castillo de Sancti Petri, el arsenal de La Carraca y la retaguardia o bahía de Cádiz con su arrecife. Para este artículo sólo es necesario detallar que a principios de marzo se encontraban instalados unos 420 cañones, la mayoría de ellos a lo largo del río y castillo de Sancti Petri, sin contar la artillería que contenía la fortificación interior y avanzada de la plaza de Cádiz.

El enemigo (marzo 1811)

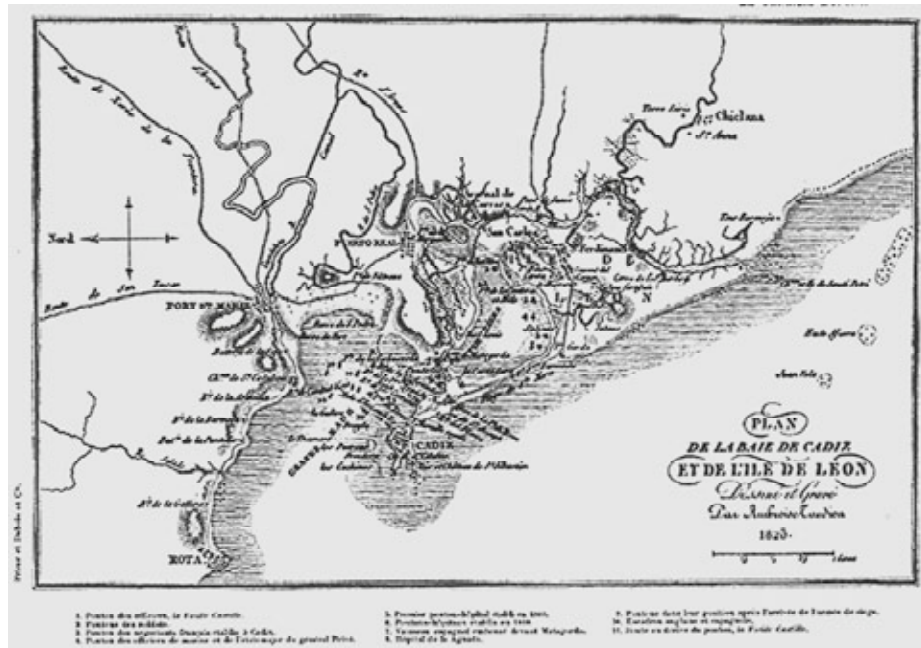
Ocupaba una posición que rodeaba la isla, desde la orilla izquierda de la desembocadura del río Sancti Petri en el océano Atlántico, siguiendo la línea del río, hasta la bahía de Cádiz. Su fuerza era de unos 14.000 a 16.000 hombres de Infantería y unos 1.000 caballos, pero en esos días había motivos para creer que ésta se hallaba reducida a 8.000 ó 10.000 infantes y pocos caballos, puesto que por los informes de los vigías y otras noticias se sabía que se había retirado por el camino de Jerez hacia Sevilla una división de 4.000 a 5.000 hombres de Infantería y 800 caballos. Mandada por el mariscal Victor, la fuerza estaba acantonada en Chiclana, Puerto Real, El Puerto de Santa María, Rota y frente a Sancti Petri. En la espesura del pinar tenían los franceses un campamento con parapeto en una tala de árboles, que cerraba toda la parte baja del terreno inmediato al mar, y otro a la izquierda de Puerto Real, delante de La Carraca. E instaladas diversas baterías en toda la línea ocupada: dos a lo largo del río, frente a las españolas, una en la falda del pinar y la otra a la izquierda de Chiclana; algunas piezas gruesas en el mismo pueblo, en una ermita situada en el cerro de Santa Ana; dos baterías a la derecha de Chiclana; varias enfrente del Portazgo y arsenal de La Carraca; otras tres sobre el arrecife y falda del pinar de Puerto Real, y una, en construcción, detrás de la casa del Palmar, elevada sobre el terraplén que habían hecho dentro de los muros. También seguían con los trabajos en el Molino Nuevo.

Historia de la Batalla de Chiclana (enero-marzo 1811)

El embarque.—Con objeto de reunir el mayor número de personal del Ejército para la expedición que se iba a enviar a Tarifa al mando del teniente general Lapeña, el 14 de febrero llegaron a Cádiz, procedentes del condado de Niebla, los regimientos de Infantería de Guadix y 2.º de Sevilla.

En la noche del 13 de febrero salió de la Isla la brigada de artillería maniobrero, con orden de hallarse al amanecer en la Puerta de Tierra de la plaza de Cádiz, para embarcar con destino a Tarifa. En la noche del 15 salieron los regimientos de Infantería de Murcia, África, Cantabria y Ciudad Real, el batallón 4.º de Reales Guardias Españolas, el de Campo Mayor y el de Valencia, 400 hombres del de Walonas e igual número del de Carmona, correspondientes todos a la 2.ª División y Vanguardia, cuya fuerza ascendía a 7.000 hombres de Infantería. También salieron dos piezas de batalla de cuatro libras y dos obuses de siete pulgadas, con su munición.

El 16 de febrero comunicaba por carta Villavicencio al secretario de Marina, José Vázquez Figueroa, que estaban fletadas y distribuidas por divisiones cuantas embarcaciones mercantes había en bahía listas para recibir tropa,



Mapa de Cádiz y alrededores.

caballos o efectos, y que con las que habían llegado de poniente y las de pesca completaban un número suficiente para toda la Infantería, Artillería y ochocientos caballos que iban a ir en la expedición, pero que se hacían las más activas diligencias para conseguir más para la caballería. Le decía también que todo el convoy estaba repostado con tres días de víveres y tres raciones de paja y cebada. La corbeta *Diana* estaba destinada a llevar los jefes, 50 hombres y 16 caballos; el jabeque *Diligente*, toda la gente que pudiera y de ocho a diez caballos, y en la polacra *Carmen* iría el tren de artillería de los ingleses... «Puede V. E. asegurar al Consejo de Regencia que se ha hecho y se está haciendo todo lo imaginable, y que no creo haya habido una expedición de esta importancia dispuesta en tan poco tiempo...».

El 17 de febrero comenzó a embarcar la tropa que había llegado el 16. Por la noche marcharon a Cádiz los tres escuadrones de granaderos a caballo, el de instrucción del Ejército, el de húsares alemanes al servicio de Gran Bretaña y todos los cuerpos que formaban la división inglesa. Al amanecer del 18 se envió más munición para los cañones, y ese mismo día embarcó el general en jefe de la fuerza expedicionaria, teniente general Lapeña, y quedó en su puesto en la Isla el general de campo José Zayas.

La navegación.—El teniente general Villavicencio nombró jefe de la expedición marítima al capitán de navío Francisco Mourelle y le asignó, además de los faluchos de reserva, seis de las fuerzas sutiles de bahía y cinco falúas, que con las embarcaciones que se encontraban en el apostadero de Tarifa, también a sus órdenes, juzgaba suficientes para controlar la navegación y el desembarco.

El 20 de febrero la expedición no pudo salir de puerto por el fuerte viento del NW y el 21 amaneció cerrado en niebla, por lo que el convoy permaneció fondeado a la espera de mejoría. Por fin, en la mañana del 26 dio la vela, en número de unos doscientos cuarenta, con un viento favorable del WNW. Al mediodía habían franqueado el castillo de San Sebastián, y gracias al tiempo y viento favorables y a la continua vigilancia de los jefes de división y de los oficiales que cada uno tenía asignados a sus órdenes, el convoy navegó unido hasta la ensenada de Bolonia, donde la mayor parte de los buques fondearon en el lugar previsto gracias a las múltiples indicaciones por cohetes, cañonazos y faroles, finalizando a las nueve de la noche. Las embarcaciones grandes, que navegaban a mayor distancia de la costa, se dirigieron a Tarifa y fondearon libremente gracias a su reducido número. Otras se dirigieron a Algeciras por no poder tomar el fondeadero señalado en Bolonia; entre ellas, la corbeta *Diana*. El grupo de Mourelle dio la vela a las 0500 de la mañana y fondeó en Tarifa a las 0900, y en el mismo momento que llegó el general Lapeña comenzó el desembarco, que se realizó en tres horas y cuarto, quedando a bordo parte de la artillería, víveres y paja «...y aquella está desembarcándose en el resto de la noche porque el Ejército parece debe empezar mañana su movimiento; y concluida la operación debo despachar todos los buques del convoy al puerto de Algeciras... pero yo conforme a las órdenes de V. E. me pondré en viaje para Cádiz luego que vea en tierra el último pertrecho de artillería...».

El más poderoso armamento que había salido de Cádiz con destino a una expedición de tan considerables expectativas había desembarcado sin novedad. Con un numerosísimo convoy de embarcaciones mercantes, llevando a bordo la tropa, artillería, caballería, municiones y víveres que formaban la expedición, Mourelle había completado su misión en 35 horas, y a las ocho y media de la noche del día 28 ya estaba nuevamente en Cádiz con algunos de sus buques.

Mucho más podría escribirse sobre esta expedición, pero nos extenderíamos en demasía. Sólo añadir que, de acuerdo con la declaración de Mourelle, la mar le acompañó hasta esa misma noche, en que entró el levante, pero la actividad tan permanente del personal de la Armada, que ni cerró ojo ni conoció el descanso en todo el tiempo que medió desde la salida de Cádiz hasta la madrugada de ese día, permitió finalizar prácticamente el desembarco sin ningún problema de importancia. En efecto, en la noche del 27 entró el levante en el Estrecho, como lo indica al dar la novedad el comandante del aposte-

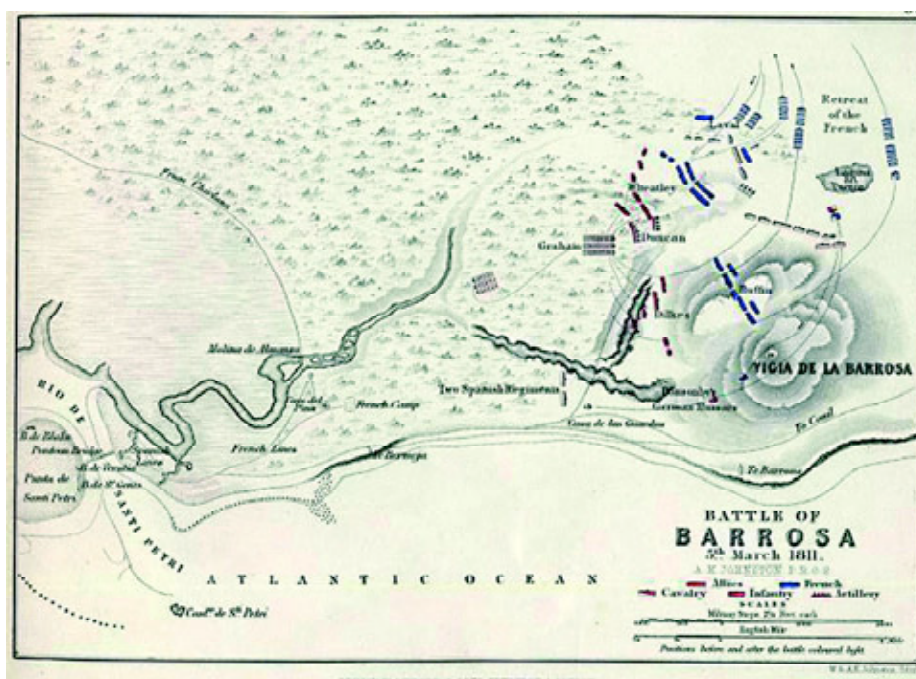
dero de Tarifa: «...han sido descargados en los días 28 y 1 de éste, todos los efectos de víveres, provisiones, municiones y de cirugía que habían en los barcos... con la felicidad de que a pesar del mal tiempo y haberse quedado la mayor parte de las embarcaciones al este de la isla cuando entró el levante la noche del 27, sólo se perdieron dos, cargadas de efectos por cuenta de los ingleses, habiendo tenido que atender al pronto alijo de aquéllas y darle todo auxilio, con la mayor incomodidad por razón de la mucha mar... Teniente de navío Lorenzo Parra. 3 de marzo».

Las fuerzas sutiles de la bahía.—Cayetano Valdés informaba el 4 de marzo a Vázquez Figueroa, con copia a Zayas, que el levante les impedía realizar nada (se pretendía atacar al enemigo para retener a las tropas francesas en sus puestos), pero que la mayor parte de los tres batallones que había en el Trocadero (unos 1.500 hombres, tres piezas de artillería, algunos carros y acémilas) había pasado a Chiclana.

El apostadero de Sancti Petri.—El 11 de enero, el teniente general Lapeña pidió al capitán de navío ingeniero Timoteo Roch que se le facilitara varios puentes similares a los que se habían utilizado en anteriores ocasiones, y éste contestaba que como la anchura del río Sancti Petri era de 220 brazas, cuando menos se necesitaban 96 embarcaciones menores que sostuvieran el pavimento de 1.320 pies lineales de piso, y proponía construir un puente de otras características que facilitase el paso de un ejército con su artillería ligera.

El 30 de enero, en beneficio de la expedición, la Armada transportó por el río hasta la playa del apostadero de Sancti Petri tres trozos del nuevo puente flotante que había construido Roch en La Carraca (autorizado por el Consejo de Regencia), capaz de sostener caballería y artillería ligera. Se componía de dos grandes trozos de madera de arboladura de navío, unidos por medio de durmientes atravesados que formaban el ancho del puente y sobre los cuales estaba formado el pavimento; el claro inferior que dejaban las dos vigas estaba ocupado por cajones calafateados; y para dejar alguna salida a la corriente tenía una gran compuerta en cada uno de sus extremos; estaba previsto que fuertes cables aseguraran todas las divisiones del puente, afirmándolos a las orillas por medio de cabrestantes, y anclas a uno y otro costado contrarrestarían la fuerza de las dos corrientes según el orden de marea.

El brigadier Ayalde apoyó el 4 de febrero los trabajos del ejército para la instalación de una batería y trinchera que iban a servir de defensa de la cabeza de puente, y para ello situó un cañonero en el flanco del caño de la Borriquera y tres obuseras en su boca, así como una cañonera inglesa, cuyo comandante inmediatamente solicitó tomar parte en la acción. Observando que el enemigo se hallaba en el Molino, ordenó hacer fuego con los obuses de siete pulgadas y cañón de 12 y, notando que no se iba, desembarcó la tropa y lo persiguió hasta el interior del pinar.



Mapa de la batalla de la Barrosa.

El 1 de marzo por la tarde el general Zayas envió los batallones de Reales Guardias Españolas, Guadix, Sevilla, Irlanda y Legión extranjera a reforzar la sección que cubría el campamento de Sancti Petri, y de 300 a 400 cadetes de la Academia Militar a reforzar la batería del Portazgo y sus avenidas. Repartió los batallones de milicias urbanas entre el puente Zuazo y La Carraca y envió a Sancti Petri, a través del río, cuatro cañones de cuatro libras, dos de ocho, dos de 12, dos obuses de siete pulgadas y dos de siete para cubrir la cabeza de puente que se estaba instalando, y seis cañones de 16 libras montados sobre cureñas de plaza. En ese día varias baterías españolas efectuaron 100 disparos contra cuatro cañones que el enemigo había montado en las inmediaciones del pinar, frente a Sancti Petri, para impedir los trabajos, y 15 disparos para evitar que un grupo de infantes se aproximase al Molino Nuevo, logrando que se replegase al cerro de Santa Ana.

A las 0600 de la mañana del 2 de marzo pasaron en barco a El Cotillo (1)

(1) El Cotillo era una isla que flanqueaba el costado izquierdo del pinar.

unos 900 hombres del Regimiento Provincial de Granaderos de Canarias y algunos Cazadores para proteger el trabajo de instalación de una batería provisional en aquel punto. Los franceses dirigieron contra ellos un intenso fuego desde sus baterías, que fue contestado por las propias y por algunas lanchas avanzadas por el caño que las rodeaban, logrando desmontarle una de sus piezas. Por el frente de la playa pasaron en varios barcos dos fuertes guerrillas de Reales Guardias Españolas, que hicieron desalojar de sus primeros parapetos a la avanzada del enemigo y lo persiguieron hasta otro que tenía sobre la casa del Pino, en lo más elevado del pinar. Las guerrillas se replegaron sobre la orilla y se mantuvieron en observación de los franceses, cubriendo de este modo los trabajos que se realizaban para formar la cabeza de puente y asegurar las amarras de éste. Ese día se observó que el enemigo había enviado hacia la espalda de la casa del Pino una columna de unos 800 a 1.000 hombres de Infantería.

El 3 de marzo quedó instalado el puente de madera entre la orilla del campamento de Sancti Petri y la opuesta, por donde pasaron cuatro compañías de Cazadores de Reales Guardias Españolas, una de Granaderos y otra de Walonas (en total 600 hombres), con objeto de reforzar las guerrillas y sostener el trabajo de la trinchera que se empezó a construir para fortificar la cabeza de puente. Desde una de las baterías se respondió a los enemigos, que habían roto el fuego entre la una y las dos de la noche. A partir de esa hora los franceses, en número de 500 a 600 hombres y 100 caballos, atacaron a las guerrillas que se extendían por la derecha. Éstas se vieron precisadas a replegarse pero, llamada la atención por este lado, tres compañías de *Voltigeurs*, viniendo por la orilla del caño, aprovecharon para internarse por la izquierda, asaltar la trinchera y atacar con bayoneta a la tropa que guarnecía ésta y, por la espalda, a las guerrillas que se retiraban precipitadamente. La parte del batallón de Órdenes Militares, que estaba de retén en la orilla española, cruzó el puente nada más escuchar los primeros disparos, pero fue envuelto y hecho prisionero, como asimismo la mayor parte de las compañías de Cazadores de Guardias, Granaderos y Walonas. Otra compañía, la de Irlanda, sostenida por el fuego de las baterías del campamento y lanchas apostadas, cruzó inmediatamente el puente, desalojó a la bayoneta al enemigo y lo persiguió hasta la salida de la trinchera. En toda esta acción las fuerzas españolas tuvieron, entre muertos y prisioneros, unos 600 hombres.

En la mañana del día 4 se trajeron de la otra banda, y se instalaron, las dos piezas de ocho libras, y se continuó con la prolongación del parapeto por su costado izquierdo hasta el caño inmediato. Por el Portazgo salieron varias guerrillas para atraer a los franceses, y desde varias baterías se hizo un total de 855 disparos para anular el fuego de las enemigas. Desde otra batería se dispararon 24 proyectiles contra un gran número de soldados que, con acémilas cargadas, se hallaba al pie de Santa Ana, logrando desalojarlo de su puesto. En ese día se sacaron del río, fallecidos, unos 30 infantes pertenecientes a las

Guardias Españolas, así como unos 400 fusiles pertenecientes a la tropa que sostuvo el ataque la noche anterior. Al anochecer se retiraron los dos cañones que se habían instalado en la orilla izquierda del río y se montaron en la derecha; se quitó el último tercio del puente y se dejó solamente en el lado enemigo una pequeña guerrilla, que al poco tiempo fue atacada y tuvo que replegarse y embarcar para el campamento. Las baterías y las lanchas apostadas hicieron un intenso fuego de metralla contra la costa enemiga, según orden que había de ejecutarse en el momento del embarque de las guerrillas (2).

El día 5 escribía Ayalde al secretario de Marina el parte que le pasaba Autrán: «Ayer se continuó el fuego por la División apostada en el caño del Alcornocal, con dirección a los primeros emplazamientos y bosque inmediato, según que se presentaba objeto en qué emplearlos, procurando siempre incomodar al enemigo...». A las nueve de la noche se dio la orden de cortar el puente y, después que artillería y tropa se retiraran y se quitaran las planchas que había dispuesto el general, la división avanzada de lanchas que había en el caño del Alcornocal se colocó entre la batería de Urrutia y la punta de dicho caño, en línea de frente para sostener e impedir al enemigo que destruyese las obras que estaban en la cabeza de puente. Y entre la una y las dos de la noche, habiendo roto el fuego la batería de San Genís por haber descubierto algún número de enemigos en la costa, lo hicieron las lanchas hasta conseguir que se retirasen. Continúa Autrán en su escrito: «En este momento recibo orden de avanzar dos lanchas al expresado caño con el objeto de sostener nuestras guerrillas que han pasado en botes a la costa enemiga...».

Desde el amanecer del día 5 empezó a oírse fuego de fusilería en el pinar hacia la playa del sur (la Barrosa), que junto a otras señales que se advirtieron y los partes de los vigías sirvió para deducir que era el ejército de la expedición del general Lapeña, que estaba batiéndose contra el enemigo. Inmediatamente se procedió a unir el tercio de puente que se había separado, y a la una salieron 3.000 hombres de Infantería y unos 100 caballos desde Sancti Petri, que se dirigieron a reunirse con el ejército que se encontraba luchando en las inmediaciones de Torre Bermeja. Varias baterías dispararon unos 130 proyectiles para proteger las guerrillas, entorpecer las columnas enemigas que pasaban hacia Puerto Real y callar el fuego de las piezas francesas. El enemigo, en este día, después de haber sufrido el ataque de la vanguardia del ejército expedicionario por el flanco izquierdo del pinar, abandonó sus fortificaciones y línea de flechas (trincheras), retirándose precipitadamente hacia la altura o baluarte de Santa Ana, con pérdida considerable de muertos y heridos. A las

(2) Al menos éstas fueron las lanchas que estuvieron en el río durante aquellos días al mando de Autrán: cañoneros números 4, 6, 13, 28, 58, 93, 98 y 99; obuseras números 1, 2, 3, 41 y 55; bombos *San Antonio* y *Seco*...; candrays números 2 y 4; botes números 1, 2, 3 y *San Julián*, y falúa del mayor.

cuatro entraron por el puente del campamento de Sancti Petri las tropas inglesas y portuguesas, que enseguida se retiraron a la Isla. Igualmente, pero más tarde, pasó el general en jefe y sucesivamente todas las divisiones españolas, tanto de Caballería como de Infantería, quedando en la orilla enemiga unos dos mil hombres solamente, que guarnecían una línea a la salida del pinar, desde la casa de éste hasta Torre Bermeja.

La Batalla de Chiclana propiamente dicha.—El 28 por la mañana la expedición partió hacia Facinas, y de allí a Vejer, que conquistó el 2 de marzo por la importancia estratégica que dicha villa tenía para sus operaciones; y capturó tres faluchos corsarios fondeados en las aguas del río Barbate, navegable hasta las faldas de aquel pueblo. Posteriormente se dirigió a Casas Viejas, donde se reunió con la división del brigadier Begines de los Ríos procedente del Campo de Gibraltar. El 3 de marzo salieron de Tarifa dos faluchos para Barbate, convoyando víveres que se remitían a Vejer y con la orden de que se quedaran allí para atender y activar el desembarco de los que fueran llegando por mar a aquel destino. Ese mismo día el ejército se puso en marcha hacia Conil, no sin antes dejar en Casas Viejas un destacamento para hacer creer al enemigo que su objetivo era Medina Sidonia. El principal objetivo era alcanzar el puente de Sancti Petri y atacar, junto con las fuerzas provenientes de la Isla, los atrincheramientos de la tala de árboles y flechas y las obras de campaña entre Chiclana y la playa, y lo consiguieron después de combates muy sangrientos entre las tropas aliadas y las francesas, no solamente en el cerro de la Cabeza del Puerco, sino también en el bosque y altura de Torre Bermeja, cuyo desarrollo ha sido descrito en varios artículos de la REVISTA GENERAL DE MARINA, dando por resultado una gran derrota del mariscal Victor, que dejó en el campo de batalla unos 4.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Las fuerzas aliadas, después de tanta fatiga, tensión y muerte, entraron de nuevo en la Isla a través del puente diseñado, construido e instalado por la Armada y defendido, mano a mano con el Ejército, por las fuerzas sutiles del apostadero de Sancti Petri, dándose por finalizado lo que se llamó en su conjunto la Batalla de Chiclana o de la Barrosa.

La Armada, pues, fue pieza fundamental sin la cual no podría haberse hecho la proeza de combatir y derrotar al Ejército más poderoso del mundo. Me queda solamente decir que dentro de esas fuerzas expedicionarias participaron jefes, oficiales, suboficiales y tropa de los batallones de Infantería de Marina, como lo demuestran las condecoraciones que constan en los archivos.

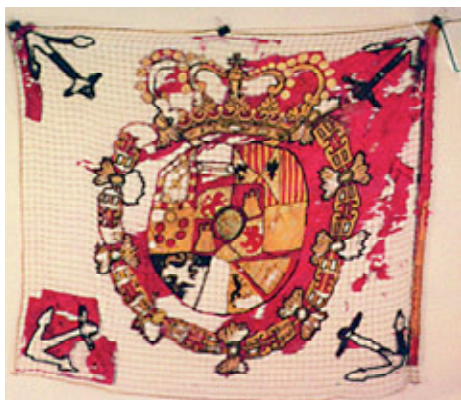
N. de la R.—En el dorso de este artículo se muestran algunas banderas de antes y durante la Guerra de la Independencia, depositadas en el Museo Naval de Madrid, cuyas ilustraciones e información han sido proporcionadas por J. Alía Plana.



Bandera del navío *Príncipe de Asturias*. Es diseño según la Real Orden de 28 de mayo de 1785. Reinado de Carlos III. Dimensiones: 390 x 610 cm. Material: tafetán.



Bandera colateral blanca con aspa de San Andrés del Cuerpo de Batallones de Infantería de Marina. Diseño según las «Instrucciones para la formación y establecimiento de los Vattallones de Marina, remitidas en carta del señor don Miguel Fernandez Duran, su fecha de 28 de abril de 1717», las «Ordenanzas de Su Magestad para el gobierno Militar, Politico, y Económico de su Armada Naval. Año de M DCC XLVIII» y la Real Orden de 14 de febrero de 1769 que redujo el tamaño de las banderas. Dimensiones: 140,5 x 144,5 cm.



Bandera Coronela morada de Infantería de Marina. Diseño según las «Instrucciones para la formación y establecimiento de los Vattallones de Marina, remitidas en carta del señor don Miguel Fernandez Duran, su fecha de 28 de abril de 1717», las «Ordenanzas de Su Magestad para el gobierno Militar, Politico, y Económico de su Armada Naval. Año de M DCC XLVIII», la Real Orden de 1 de junio de 1860 que modificó el escudo y la Real Orden de 14 de febrero de 1769 que redujo el tamaño de las banderas. Reinado de Carlos III. Dimensiones: 156 x 146 cm. Material: tafetán.



Bandera Coronela blanca del 2.º Batallón de Infantería de Marina. Con anterioridad fue del 6.º Regimiento, por lo que su diseño corresponde a la Orden de 28 de noviembre de 1808, modificada con el letrero señalado en la Real Orden de 13 de octubre de 1843. Lleva la Cruz de Tolosa creada por Real Orden de 30 de enero de 1815. Dimensiones: 150 x 150 cm. Material: tafetán.